

LA EXPEDICION MILITAR DE ARGEL DE 1775

por Javier SABATER GALINDO
Licenciado en Historia



En el siglo XVIII España tuvo varias preocupaciones importantes en el Mediterráneo. La primera de ellas se centraba en la recuperación de Gibraltar y Menorca, la segunda, el establecimiento de la paz con Marruecos y la tercera, la profundización política y económica en la zona oriental de un mar que dos siglos antes había dominado en gran parte. Pero para lograr este objetivo era necesario el sometimiento de las regencias berberiscas de Argel, Trípoli y Túnez que impedían a las embarcaciones españolas llegar a Turquía. Entre las tres regencias, Argel resultaba la más peligrosa y hacia ella fueron encaminados los primeros propósitos del gobierno español.

La primera intención del gobierno español no fue el cambio de política respecto a Argel, sino la continuación de la que se había llevado a cabo durante toda la Edad Moderna. Y aún más, se intentó acabar con el problema por medio de un sometimiento militar. Hacía tiempo que se había estado fraguando un plan que solucionase el problema argelino. Era una situación de afrenta nacional el mantenimiento de varios centenares de esclavos españoles en el siglo XVIII. Por eso, y debido a la intransigencia de las autoridades argelinas, se llevó a cabo la expedición de 1775.

En este capítulo importan, más que el aspecto meramente militar, las connotaciones políticas que tuvo el fracaso de la invasión de Argel. Además, la política llevada a cabo en este año marcará, casi de manera total, la actuación del gobierno en los diez años siguientes. En la vida política, la expedición influyó antes y después. Ya antes, hubo una serie de disputas entre el marqués de Grimaldi y el «partido aragonés». Después, el fracaso de la expedición militar, combinado con las acciones de varios miembros de dicho grupo provocarán la caída de Grimaldi de la Secretaría de

Estado. Pero antes de analizar las connotaciones políticas, se hace necesario estudiar las intenciones de esta expedición, un aspecto importante dentro de la política general en el Mediterráneo.

La causa de la expedición militar de 1775 hay que buscarla en la guerra hispano-marroquí del invierno de 1774 y 1775. En una de las más extrañas declaraciones de guerra, el emperador de Marruecos había extendido la guerra sólo a las guarniciones de tierra, estipulando que no provocaría ningún enfrentamiento en el mar.

La declaración de guerra afectaba principalmente a los presidios españoles en el norte de Africa. Y contra este objetivo se dirigieron las tropas de Sidi Mohamed. Su plan era conquistar Melilla, la plaza española más indefensa y continuar desde allí hasta conquistar el Peñón de los Vélez y Ceuta. Sidi Mohamed reunió un importante ejército en el invierno de 1774 y se dirigió a Melilla con el fin de tomarla al asalto. Pero sus planes fracasaron (1). La escasa guarnición española, unos 1.400 hombres con los refuerzos llegados de Málaga, resistió los ataques de los asaltantes. Los españoles, al mando del brigadier don Juan de Skarloch, causaron una enorme mortandad entre los asaltantes. Al frente de las tropas musulmanas iban unos cinco mil judíos y negros para abrir camino entre las minas y los caballos de frisa. Los españoles, haciendo una fuerte descarga de artillería sobre este frente, hicieron retroceder a judíos y negros que murieron bajo los alfanjes de los moros. Estos, aunque intentaron atacar de nuevo la plaza por el sitio más débil, fueron igualmente rechazados. Los moros continuaron el sitio de Melilla de una manera formal, pero la derrota había sido total. Murieron aproximadamente, unos 15.000 moros por sólo quince españoles. A continuación del sitio de Melilla se sucedieron los ataques a Ceuta y el Peñón de los Vélez, *pero puede decirse sin renuncia de ningún género que la tan cacareada guerra hispano-marroquí del 74 y del 75 quedóse reducida al sitio de Melilla en los tres meses de dicho invierno. En cuanto a la lucha en el Peñón y Ceuta, no fue verdadera guerra; fueron más bien duelos artilleros de mayor o menor importancia y escarceos militares de poca o ninguna trascendencia* (2). La guerra con Marruecos había sido un éxito. Pero tuvo unas consecuencias desastrosas.

Se había estado pensando durante mucho tiempo en la eliminación de todos los corsarios que molestaban el comercio español

(1) V. RODRÍGUEZ CASADO, *Política marroquí de Carlos III*, Madrid, 1946, páginas 207-249.

(2) *Idem*, págs. 216-17.

en el Mediterráneo. Ahora, con la victoria de Marruecos y el rompimiento de la paz de 1767, se creyó llegado el momento de dar un escarmiento a todos los enemigos de España en el Mediterráneo Occidental. El proyecto de la expedición militar había sido fraguado por Grimaldi y basado en unos planes del P. Cano que había estado anteriormente en Argel. El plan y las intenciones estaban elaboradas, faltaba sólo la persona encargada de llevarlas a cabo. Había varios hombres destacados para llevar adelante la misión. Pero entre todos sobresalían dos. El primero de ellos fue Cevallos que en 1776 reconquistará la colonia del Sacramento. Cevallos presentó un proyecto que tenía muchas dificultades. Pedía 40.000 hombres, hecho imposible de realizar. Por esta razón se eligió al teniente general don Alejandro O'Reilly. Este, irlandés de nacimiento, que había adquirido gran prestigio en Villareal y La Luisiana, era inspector del Arma de Infantería y gran reformador del ejército. Presentó un proyecto en que sólo demandaba la mitad de los efectivos pedidos por Cevallos. Esto motivó que se le encomendara la misión. Como jefe de la escuadra fue elegido don Pedro González de Castejón.

La proyectada expedición tenía como fin el sometimiento de la regencia argelina y la firma de una paz en la que los argelinos se comprometiesen a no realizar más que el corso contra las embarcaciones cristianas. Este, al menos era el deseo del rey: *Y pareciendo regular que de resultas de las operaciones que ejecuten allí mis armas llegue el caso de hacer con la misma regencia algunos pactos o convenciones que aseguren para siempre del modo más positivo y solemne a todas las naciones cristianas indistintamente la libre y pacífica navegación en el Mediterráneo, con otras ventajas para mis citados vasallos* (3).

Pero el plan de dicha expedición no se restringía solamente al ataque contra la Regencia y la firma de una obligada paz. Escandalizaba a Carlos III el que las demás potencias cristianas, salvo Portugal y Nápoles, estuvieran sometidas por los pactos que habían hecho con Argel a la entrega de unos regalos en género, dinero o pertrechos militares. Por eso, se intentaba solucionar el problema para todas las naciones cristianas, debido a que las que continuaba en guerra con Argel, por su debilidad, no podían hacerlo.

(3) San Lorenzo, 5 de mayo de 1775. Grimaldi a O'Reilly. Es la comunicación oficial del mando de las operaciones. A.H.N. Estado, 3581.

Las instrucciones que se daban a O'Reilly en este sentido eran claras y tajantes. Pecaban, si acaso, de un exceso de triunfalismo acentuado, sin duda, por el triunfo de la guerra contra Marruecos. Las órdenes se resumían en «no dejar en la costa del Mediterráneo, desde Argel hasta el Estrecho de Gibraltar, fortaleza de moros ni buque alguno de guerra que pueda causar en aquellos mares la menor extorsión a los cristianos; y también a guardar el más religioso secreto en esta idea hasta el punto preciso de presentarse V. E. delante de Argel con las respetables fuerzas que mandará: cuya empresa ha de ser la primera para sorprender a la misma Regencia y a toda Europa» (4). Las acciones del ejército español supuesto el feliz desembarco, eran muy duras para la Regencia: «deberá arrasarse enteramente las fortificaciones de aquella Plaza, apoderarse de toda su artillería, embarcaciones y demás útiles o pertrechos de guerra, cegar para siempre su puerto y dejarlo todo finalmente en términos de que jamás pueda volver a adquirir poderío o consistencia: teniendo asimismo presente V. E. que según noticias fidedignas se guarda en el recinto de aquella ciudad (o en alguno de sus fuertes) el gran tesoro de los Reyes; y que convendrá que tome V. E. sus medidas para que no puedan estraherlo en tiempo sino apoderarse de él a su entrada en ella» (5).

Se le daba también a O'Reilly pleno poder para establecer la paz general con la Regencia o con las «cabilas ó Parcialidades de Arabes». Se había de estipular en el futuro tratado que los argelinos no podrían fortificar el puerto o la costa, construir o mantener buques de guerra, hacer el corso contra las naciones cristianas o exigir de cualquier nación el regalo de cualquier pertrecho de guerra. Los argelinos quedarían obligados, en cambio, a admitir, una vez al año, la visita de las autoridades españolas para comprobar si cumplían lo pactado. Se le daba a O'Reilly total libertad para estipular los demás artículos del tratado, recomendándole que se mantuviera alerta ante la actitud de los cónsules extranjeros.

Un aspecto, el más importante si cabe, de la expedición de 1775, se refería a que, acabada la toma de Argel, se debían destruir todas las ciudades marítimas de dominio marroquí en el Mediterráneo, firmando con el emperador de Marruecos un acuerdo ventajoso para España. Debería estipular una nueva situación de las plazas de Orán y Ceuta, insistiendo en la adquisición de nuevos terrenos e intentando convenir en la imposibilidad de la deserción de dichos presidios.

(4) San Lorenzo, 8 de mayo de 1775. Grimaldi a O'Reilly. «Instrucción dada por el Rey sobre la expedición a Argel». A.H.N. Estado, 3581.

(5) *Idem*.

Acabada la expedición y toma de Argel y la destrucción de las plazas mediterráneas de Marruecos, el rey ordenaba a O'Reilly el reconocimiento del Peñón de los Vélez, Melilla y Alhucemas para considerar la conveniencia del mantenimiento de los dichos presidios menores. En caso de considerar inútil su conservación, se deberían destruir todas sus fortificaciones hasta los cimientos, haciendo constar al emperador marroquí que el rey de España era dueño de esas plazas y señor de hacer con ellas lo que quisiera. Lo mismo debería hacer en las Islas Chafarinas.

Como se puede observar, la expedición militar de 1775 no tenía como objetivo solamente a Argel, sino que demostraba la intención española de dar por finalizado un problema pendiente. El ámbito era todo el Mediterráneo Occidental y el medio la guerra. El resumen de la política a llevar con Argel se debía cifrar en el tratado de paz en el que se haría observar:

Primero: Hacer constar a la Europa que es un ejército triunfante el que impone la ley en el país enemigo. Segundo: Dejar bien asegurada para siempre la observancia de lo que se estipula. Tercero: Ajustar cuantas ventajas se pueda para el convenio de los españoles, con consideración a lo que disfrutaban allí las naciones más favorecidas y a los crecidos gastos que ha causado la guerra injusta, suscitada por el mismo rey de Marruecos (6).

Pero una cosa eran las intenciones y otra la realidad. Se puede decir, sin temor a equivocarse, que la expedición de 1775 fue un conjunto de errores y de adversidades con los que no se contaba en un principio.

El secreto con el que se quería sorprender a los argelinos tropezó con las malas intenciones de Francia que, enterada de la movilización de tan gran escuadra en el Mediterráneo, alertó a los argelinos. Fueron los judíos marseleses, que tenían el monopolio del comercio con la Regencia, los que avisaron a los argelinos. Pero no sólo fueron éstos los que advirtieron al Bey y al Diván, de la expedición que venía sobre ellos. En mayo de 1775 ya sabían los argelinos que la expedición que se estaba preparando en Cartagena tenía como motivo el desembarco y conquista de la ciudad de Argel. Un español, trinitario calzado, así lo aseguraba al Bey (7). El pri-

(6) *Idem.*

(7) Argel, 20 de mayo de 1775. Don Manuel José Nieto Martínez a Grimaldi. A.H.N. Estado, 3585. Esta acusación hay que considerarla con toda clase de reservas, pues debió ser la consecuencia de una serie de rencillas y envidias personales.

mero de los aspectos con que se creía contar a favor se había desvanecido por la actuación malintencionada de los judíos marseleses. El secreto había sido llevado con extremo rigor, hasta el punto de afirmar Grimaldi, una vez fracasada la empresa: «... y eran tan pocos los que lo sabían que más de un Ministro del Rey lo ha ignorado: entre cuatro personas ha estado sepultado, y si ahora se habla de ello vagamente, es por los indicios de hechos exteriores pues no ha trascendido a más aquí» (8).

Si las cosas se habían complicado en España antes de salir la expedición, igual ocurría en Argel. Orán estaba siendo sitiado y atacado. Urgía llevar a cabo la expedición. Pero Orán resistió otra vez más por la valerosa defensa de sus habitantes y por el hecho de que el emperador de Marruecos no ayudó en el ataque y sitio al Bey de Mascara, aunque los propósitos iniciales del ataque a Orán partieron de Sidi Mohamed: «El emperador (de Marruecos), al mismo tiempo que se ha quejado al Bey de Argel de que le ha engañado, pues aviéndole ofrecido poner sitio a Orán no lo ha hecho, le avisó tener hechas las paces con los cristianos para hacer la guerra a los turcos, y le embió una víbora de oro; la que el Bey le devolvió con un yatagán, diciéndole que si tiene víboras para picarle, a él no le faltan yataganes para cortar cabezas» (9).

Aunque el objetivo de la expedición se había descubierto y Orán nuevamente atacado, los planes no se adelantaron ni cambiaron, sino que siguieron adelante. Con gran lentitud y dificultades iban llegando a Cartagena todos los útiles necesarios. Convenía no dejar nada expuesto a la improvisación y O'Reilly esbozó un plan de ataque completo sobre Argel. Hay que tener en cuenta que, aunque tenía en sus manos unos planos de Argel, éstos eran aproximados y realizados por gente inexperta. Esta circunstancia será fatal a la hora del desembarco. O'Reilly tenía un plan de desembarco y ataque perfectamente meditado, pero, aunque creía tener localizado el sitio para el desembarco, no estaba seguro de poderlo realizar allí. Por otra parte, tenía una idea aproximada de la forma de los moros de hacer la guerra, por lo que ocasionaría un fracaso total. El desembarco estaba perfectamente planeado y el plan de ataque, más que ofensivo era defensivo. Advertía de ciertas acciones en las que no se debía caer. Entre ellas cito una advertencia de O'Reilly que parecía presagiar la principal causa de la derrota de los españoles: «los moros acostumbra con frecuencia fingir unos ataques

(8) Madrid, 10 de julio de 1775. Grimaldi a Aranda. A.H.N. Estado, 3585.

(9) Orán, 16 de abril de 1775. Pedro Martín Termeño a Grimaldi. A.H.N. Estado, 3585.

violentos, y a la menor resistencia retirarse en desorden, para atraer a sus contrarios a alguna emboscada que suelen dejar preparada en los barrancos inmediatos o a cubierto de alguna altura o bosque. Se impondrá a toda la tropa de este ardid, para que no se deje sorprender» (10).

La expedición estaba reunida a principios de junio. Era una de las mayores de todo el siglo XVIII. Contaba en total, de 378 buques de guerra y transporte, de los que 334 eran embarcaciones de transporte, seis navíos, doce fragatas, nueve jabeques, cuatro urcas, dos paquebotes, cuatro bombardas y siete galeotes. El total de los cañones era de 1.127 en los buques de guerra, además de ocho morteros. La tripulación la constituían 7.308 marineros y 2.392 hombres de la Armada. El Ejército de Tierra estaba constituido por 18.755 hombres encuadrados en 27 batallones. Además, había siete escuadrones de caballería con 919 hombres. De las relaciones del estado general de la expedición se desprende el gran esfuerzo hecho por el gobierno español y la importancia de la empresa, debido al gran número de pertrechos militares transportados a Argel. No se había dejado nada a la improvisación en este aspecto. Por ejemplo, se trasladaron 4.000 caballos de frisa, más de 7.000 tiendas de campaña, un gran número de cureñas, ajustes, etc. (11).

Debido a las condiciones meteorológicas, la expedición no pudo salir de Cartagena hasta el 23 de junio, cuando se había previsto hacerlo un mes antes. Muchos habían sido los inconvenientes, analizados a la hora de estudiar las consecuencias del fracaso de la expedición.

El 1 de julio, llegó la escuadra a la bahía de Argel. La sorpresa con que se esperaba atacar a los argelinos no fue tal ya que varios miles de moros estaban esperando a los españoles. *El general O'Reilly, que contaba con la sorpresa de los moros, fue el que verdaderamente experimentó los efectos de ella cuando vio frustradas sus esperanzas, hallándose rodeado de los mismos enemigos que creía sorprender (12).* Como Julio César con su *Alea Jacta est* al

(10) «Instrucción dada por el General Conde O'Reilly a todos los Generales, Jefes de Cuerpo y aún a la misma tropa». Cartagena, 25 de mayo de 1775. A.H.N. Estado, 3581.

(11) FERNÁN NÚÑEZ, *op. cit.* II, págs. 74-85. La relación original en A.H.N. Estado, 3585.

(12) FERNÁN NÚÑEZ, *op. cit.* I, pág. 250. Para la descripción del desembarco y del ataque sigo a Fernán Núñez por haber participado éste en la expedición (con el empleo de coronel), siendo herido en el pecho. Aunque hay multitud de relaciones de lo acaecido, la de Fernán Núñez puede considerarse la más objetiva frente a la de los principales interesados, O'Reilly y Castejón y los demás generales y oficiales que intentaron quitarse la responsabilidad del fracaso, achacándose las culpas unos a otros.

pasar el Rubicón, O'Reilly respondió a los generales que se inquietaron por la presencia de los moros con un *le vin est versé, il faut le boire*.

El proyecto de O'Reilly era el de desembarcar en la bahía de *Mala Mujer*, a una distancia de tres leguas de la ciudad y sólo comunicada por un estrecho camino por el que podían ir pocos hombres. Esta bahía era fácilmente defendible por los escasos combatientes moros. Pero las desfavorables condiciones meteorológicas impidieron el desembarco en esta bahía que de haberlo hecho habría resultado aún más perjudicial que el que se realizó.

El desembarco se realizó el 8 de julio, a una legua y media de la ciudad de Argel, cerca del río Larache, donde estaba apostado el campamento del Bey de Constantina. La playa elegida para el desembarco muestra el desconocimiento real de O'Reilly de las condiciones del terreno de Argel. La playa elegida era sumamente arenosa y tanto los cañones como los hombres se hundían en el terreno. Por otra parte, estaba rodeada de una cadena de montañas bajas desde donde los moros podían controlar cualquier movimiento de los españoles. Los ataques violentos de los moros se sucedieron como había previsto O'Reilly en su *Instrucción* a los generales. En una de las acciones más comentadas posteriormente y reflejada por la mayoría como la causa de la pérdida de la batalla y de un numeroso grupo de oficiales y soldados, el Regimiento del marqués de la Romana se adelantó, siendo interceptado y separado del resto del ejército por la infantería y caballería de los moros. Esta acción desorganizó todo el planteamiento ofensivo e hizo tomar a O'Reilly una actitud defensiva y de retirada. Viendo el gran número de muertos causado a los españoles y la crueldad de los argelinos con los cadáveres (les cortaban la cabeza porque el Bey había ofrecido un doblón de oro por cada cabeza de español), O'Reilly decidió la retirada del ejército a la playa a las cinco de la tarde. Según todas las fuentes consultadas, el reembarco se realizó con todo el orden posible dentro de las circunstancias en que se había realizado el ataque. Gracias a que los argelinos creyeron que el ir y venir de barcos se debía a un nuevo desembarco de infantería y artillería, la mortandad no fue total y quedó algo más que la *memoria de nuestra desgracia*.

Aquí acababa la *malograda expedición* (13), contra Argel en 1775. Pero las consecuencias no se cifraron solamente en una gran derrota, sino que fueron más allá y condicionaron las actitudes políticas españolas durante bastante tiempo.

(13) A partir de entonces recibió este nombre de *manera oficial*.

Según los informes de O'Reilly y Castejón, publicados en la *Gaceta de Madrid*, el número de bajas había sido de 27 oficiales y 501 soldados muertos y 191 oficiales y 2.088 soldados heridos (14).

Además, se habían abandonado numerosos pertrechos militares, aunque Fernán Núñez solamente los cifra en la pérdida de dos cañones, por la poca visibilidad con que se realizó el reembarco (15). Sin embargo, numerosos testimonios confirman el abandono de un crecido número de objetos. El testimonio más abultado habla del abandono de 15 cañones y dos morteros, 600 caballos de frisa, 500 palas de hierro, 500 *japas* y picos (16).

La indignación fue total tanto en la corte y en los círculos políticos alejados de ella como en el pueblo llano. Enseguida surgieron las críticas contra O'Reilly y Grimaldi, acrecentadas por los testimonios de varios oficiales y soldados descontentos del proceder de sus jefes. Las críticas de la expedición de 1775, han dejado en nuestros archivos una de las mayores muestras de oposición política.

Las causas que motivaron el fracaso son varias según la fuente que se consulte, pero se pueden resumir en las siguientes:

— El retraso en la salida de la expedición. Debió salir a principios de junio y lo hizo el día 23 del mismo mes. Además, aunque la escuadra llegó a Argel el 1 de julio, el desembarco se realizó el 8 de julio. Este motivo aparece recortado y justificado por las malas condiciones meteorológicas que se dieron antes y después del ataque.

— El haber reclutado un ejército de soldados bisoños.

— El desconocimiento del terreno, de las fuerzas enemigas, y del modo de combatir de los argelinos.

— Haber desembarcado en un paraje en donde la tropa tuvo que pelear inmediatamente. Asimismo, se achacaba a O'Reilly el haber desembarcado en un sitio del que no se conocían sus características.

— La confusión creada por desembarcar la tropa por compañías sueltas y no por batallones completos.

(14) Suplemento II de la *Gaceta de Madrid*, 25 de julio de 1775.

(15) FERNÁN NÚÑEZ, *op. cit.* I, pág. 257.

(16) «Carta de una española, cautiva en Argel, a su esposo, con algunas noticias sobre el desembarco de los españoles en la malograda expedición de 1775». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1875, pág. 79. La carta es del 16 de octubre de 1775.

— Haber dado los generales órdenes de manera contradictoria y equívoca. El mayor ataque fue el hecho contra el marqués de la Romana por haberse adelantado sin autorización. Fernán Núñez afirma que fue *por una orden mal entendida*.

Estas son las principales causas del fracaso en las que coinciden los autores de las críticas a la expedición. Por último, queda la actuación de la Armada. Hubo serias disputas entre los militares de tierra y los marinos por la actuación de las fuerzas que mandó Castejón. Este intentará disculparse en repetidos memoriales al rey, pero su actuación fue criticada por casi todos. Las críticas se centraron en la falta de decisión y operatividad ante el descalabro que estaban sufriendo los hombres que habían desembarcado (17).

La importancia de la malograda expedición militar contra Argel de 1775 debe buscarse, más que en el fracaso militar, en las consecuencias políticas de dicho fracaso. Estas consecuencias vinieron dadas por la manera de informar de la derrota a los círculos políticos y al pueblo. En la *Gaceta de Madrid* se publicó un corto resumen de la batalla y las cifras (falseadas) de muertos y heridos.

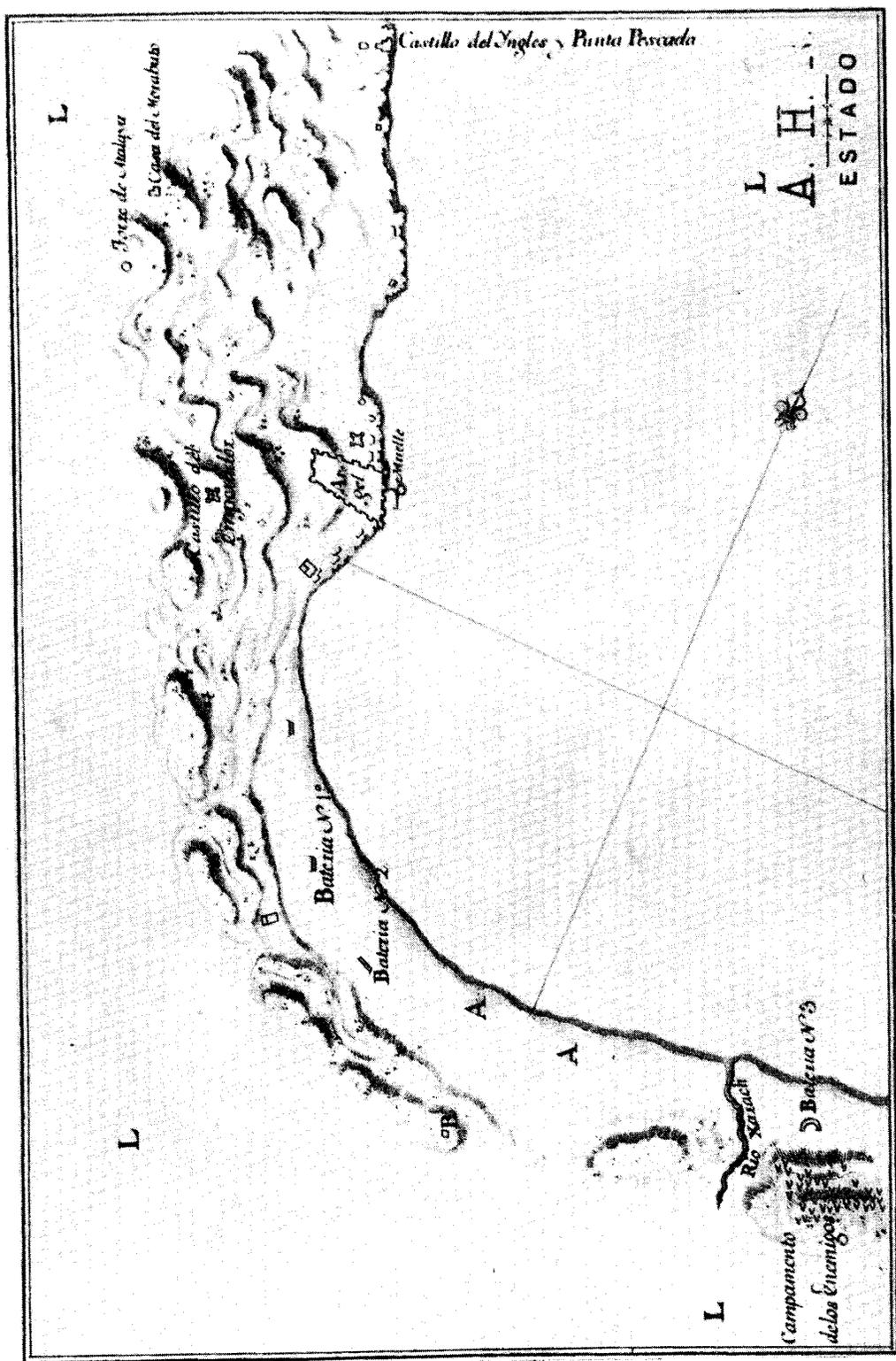
O'Reilly sostenía la tesis de que *el sobrado ardor con que se adelantó la tropa e hizo sus fuegos arrastró unas resultas tan malas como poco correspondientes a las provincias que se habían dado* (18). Centraba el fracaso en el adelantamiento del ala izquierda del ejército, y aún sin mencionar a nadie, las críticas iban dirigidas contra el marqués de la Romana, muerto en el combate. De igual manera, Castejón sostenía la misma idea que O'Reilly, pero hacía especial mención al buen comportamiento de la escuadra (19).

Cuando llegaron las noticias del fracaso, Grimaldi, temiendo dar a conocer el resultado de la operación, consultó con O'Reilly y Castejón la conveniencia y posibilidad de un segundo ataque contra Argel en el mismo año. Era una decisión importante la que se iba a tomar, antes de reconocer semejante derrota. En los informes presentados por O'Reilly y Castejón se muestra el reconocimiento de los fallos de la operación, además de los inconvenientes de realizarla de nuevo.

(17) «Carta de una...», pág. 78.

(18) Bahía de Argel, 9 de julio de 1775. O'Reilly al conde de Ricla. Publicada en la *Gaceta de Madrid* de 1 de agosto de 1775.

(19) En el navío «El Velasco», al ancla en Argel, 9 de julio de 1775. Castejón a Arriega. Publicada en la *Gaceta de Madrid* de 1 de agosto de 1775. Los originales de ambas cartas están en el A.H.N. Estado, 3581.



Mapa de Argel y sus alrededores (1775)

(Archivo histórico nacional)



El General don Antonio Ricardos, por Goya. Museo del Prado (Madrid)

O'Reilly, responsable máximo del fracaso, aunque en un primer momento y movido, sin duda, por el deseo de venganza contra los argelinos, pensó en la realización de una segunda expedición, reconoció la imposibilidad de llevarla a cabo por varios motivos. El primero era que el abastecimiento de víveres, agua y demás materiales exigían más tiempo del que quedaba para que los vientos fueran favorables. El segundo era el gran número de oficiales y soldados heridos. Además la tropa que había venido de Galicia llevaba embarcada desde el 2 de abril y la de Cádiz y Barcelona, desde principios de mayo. Reconociendo los errores de la expedición, O'Reilly proponía hacer públicos los preparativos de la próxima expedición (cuando se efectuase) por varios motivos que no se tuvieron en cuenta cuando se preparó la anterior. El primero de ellos era provocar la constante alerta de los argelinos con lo que se conseguiría la disminución del corso y de los ataques a Orán. El segundo objetivo era el de reunir más rápidamente a la tropa designada para dicha expedición, y el tercero, el obligar a las embarcaciones mercantes a abastecer en el mismo mar, y en las cercanías de Argel, a los navíos de guerra. Su plan era que, reduciendo a la Regencia de Argel, se podría hacer lo mismo con la de Túnez (20). El resumen de las conclusiones de O'Reilly nos da la idea de una de las causas del fracaso: el secreto con que se pretendió llevar a cabo la expedición y su imposibilidad de mantenerlo.

Pero si O'Reilly desvelaba una de las causas del fracaso, Castejón daba a entender las demás. Aunque coincidía en las razones por las que resultaba imposible realizar una segunda expedición, hacía una serie de recomendaciones que resumían los pasados errores. En la próxima expedición, si la había, se deberían tener unos planos mucho mejores que los llevados en julio, pues no bastaba la vista de la plaza desde el mar aún con el uso del catalejo. Otra idea era la de que se necesitaba mucha más tropa y más experimentada. Concretaba su opinión en que la quinta parte de los soldados debían ser migueletes, fusileros de montaña o tropas ligeras que hicieran la guerra de igual forma que los argelinos. Asimismo, no se debería llevar caballería porque retardaba y embarazaba las evoluciones de la infantería. Sin embargo, la artillería debería ser mucho más numerosa al igual que las fuerzas navales y los auxilios para el desembarco. Aunque O'Reilly defendió la actuación de la marina, Castejón intentaba quitarse la responsabilidad del fracaso, diciendo que solamente obedeció las órdenes recibidas. Atacaba, indirectamente, a O'Reilly (21).

(20) Cartagena, 22 de julio. O'Reilly a Grimaldi. A.H.N. Estado, 3585.

(21) Cartagena, 22 de julio de 1775. Castejón a Grimaldi, A.H.N. Estado, 3585.

Reunidos los testimonios de los dos principales responsables de la expedición, el gobierno tomó la decisión de no volver a atacar a la Regencia en ese mismo año y afrontar el temporal que venía de la mejor manera posible. *De resultas del dictamen de los dos generales de tierra y mar, y consecuente al de la Junta de los cuatro señores ministros de Estado, parece indispensable el abandonar toda expedición por tierra contra Argel y Marruecos por este año. Si S.M. se conforma con esto mismo, falta el ver si se puede hacer algún ataque por mar contra el rey de Marruecos* (22). Aconsejaban los ministros al rey que, aunque no se efectuase ninguna expedición contra Marruecos, resultaba necesario amenazar con realizar algún ataque por mar y por tierra. Como la tropa empleada en el ataque de Argel estaba todavía embarcada en Cartagena se tomó la disposición de mandar los seis batallones de guardias a Barcelona, y los restantes, después de haber dejado en Cartagena y Alicante lo necesario para reforzar la guarnición de Orán y los presidios, destinarlos a Málaga y Cádiz con el objeto de que «*esta unión de fuerzas terrestres en los dos citados puertos indique expedición contra Marruecos*». Se encomendaba a O'Reilly que destinara y dividiera las tropas como mejor le pareciera, incorporándose la caballería inmediatamente a sus destinos. Los víveres deberían desembarcarse y destinarse al lugar donde estuviera la tropa. La última disposición se dirigía a disponer los buques de guerra necesarios para impedir el traslado de la artillería marroquí a los presidios menores.

La expedición de 1775 había finalizado y se había desechado la idea de su repetición en ese mismo año. Ahora faltaba por analizar las consecuencias del fracaso. Se empezó por exigir responsabilidades a los principales generales, pues resultaba necesario buscar unos culpables. Las explicaciones de O'Reilly no habían convencido a nadie. Las primeras críticas contra el general no vinieron desde los sectores políticos contrarios a la forma de llevar los asuntos del Estado, ni tampoco procedieron de los agitadores populares; vinieron desde la misma Secretaría de Estado en la que, a la falta de motivos concretos por los que criticar la actuación de O'Reilly, se hacían unas preguntas que, lógicamente, no podían encontrar contestación. Se resumían en intentar hallar respuesta a cómo con la cantidad de embarcaciones y cañones que se habían llevado no se había podido desmontar todas las baterías de los moros. La segunda pregunta iba referida a buscar una explicación de por qué no se había producido, antes del desembarco, un bombardeo de

(22) «Dictamen de la Junta de Ministros sobre la malograda expedición de Argel». A.H.N. Estado, 3585.

la ciudad que distrajesen las fuerzas de los argelinos y facilitase el desembarco de la tropa. También se inquiría a O'Reilly por el *excesivo ardor* de alguna parte del ejército y algún general en particular. Se le acusaba de no haber sabido ejercer el poder que le confería el mando. Se le acusaba también de haber decidido demasiado pronto el fin del ataque y la vuelta a las embarcaciones, así como el no haber hecho mayor uso de la artillería, de la que, en los informes, no se hacía mención. Por último, no se le aceptaba la disculpa de la falta de agua o de víveres, pues se habían llevado provisiones para dos meses y solamente se había estado consumiendo durante quince días (23).

Los ataques llegaron a O'Reilly y Castejón por todos lados. No sólo la Secretaría de Estado les acusaba del fracaso, sino que los principales generales y jefes de la expedición se volvieron contra ellos. El brigadier del Ejército don Carlos Hautregard y el mariscal de campo don Félix Buch acusaron a O'Reilly y Castejón de falsear la realidad en sus informes oficiales. Pedían una rectificación sobre su consideración del *excesivo ardor* y un informe real sobre el verdadero número de muertos y heridos. Recomendaban a Grimaldi un consejo de guerra para O'Reilly con el fin de averiguar la realidad de la situación. Por otra parte, Ventura Caro, hermano del marqués de la Romana, pedía un consejo de guerra para su hermano muerto y otro para O'Reilly y don Antonio Ricardos (24). Según él, la carta de Antonio Ricardos a Grimaldi acusando a su hermano, era la causa de la misma acusación en todas las naciones extranjeras.

Pero las críticas y ataques de la expedición pasaron pronto de los militares a los civiles. El mayor responsable era, según la voz popular, Grimaldi. Comenzó a fraguarse con esta campaña la caída del secretario de Estado. Los archivos españoles están llenos de las sátiras contra Grimaldi, O'Reilly y Castejón. Sin duda fueron instigados por algunos miembros del «partido aragonés» (25). Las poesías satíricas y amargas se dirigieron contra Grimaldi y O'Reilly principalmente. Se les acusaba, en primer lugar, de haber falseado la verdad sobre la expedición a Argel (26).

(23) «Reflexiones que se presentan a los dos Generales de tierra y mar». A.H.N. Estado, 3581.

(24) San Ildefonso, 6 de septiembre de 1775. Ventura Caro a Grimaldi. B. N. Ms. 10.829.

(25) Olaechea, R., *El conde de Aranda y el «Partido Aragonés»*. Zaragoza, 1968, página 102.

(26) B.N. Ms. 10.829. fol 60 r-60 vto.

Las críticas (27) dirigidas a Grimaldi fueron muy duras. Se le acusaba de conspirar contra España y de haber provocado a propósito la derrota del ejército español. La posición del secretario de Estado en la corte se iba haciendo cada vez más difícil. De nada servía el intentar culpar a los dirigentes militares de una derrota cuyo plan había sugerido él. Empezaron a arreciar los vientos en su contra. Los principales, dirigidos por el conde de Aranda.

Es aceptada por casi todos la idea de que los grupos descontentos con la forma de hacer las reformas en el reinado de Carlos III eran algo más que una camarilla, aunque sin llegar a organizarse en partido. Sin embargo, a mediados de la década de los setenta había fuertes luchas entre el llamado «partido aragonés» y los «golillas». Según Olaechea, la nobleza ilustrada y en particular «el partido aragonés» estaban de acuerdo en la necesidad de las reformas que debían introducirse en España, pero no lo estaban con respecto a la clase de gentes —«los golillas»— de que Carlos III se servía para llevarla a cabo. Así, el aristocrático «partido aragonés», y el elemento militar hostigado por Aranda, no hallando acogida en el Rey, la buscaron en la habitación de los Príncipes de Asturias» (28). Su principal hombre fuerte en el gobierno era el conde de Ricla que ocupaba la Secretaría de Guerra. Desde ahí se podía influir y conspirar contra Grimaldi, como se hizo.

Las críticas (29) de Aranda son, sin duda, las más claras de todas las realizadas contra Grimaldi. Aranda se sentía ofendido por no haber sido llamado para ocupar el puesto de mando en la expedición. También achacaba a Grimaldi el no haber tenido ninguna comunicación oficial sobre el desarrollo de los preparativos y de la operación y el haberse tenido que enterar en una tertulia de la embajada española en Francia (30). Las discusiones por carta entre Aranda y Grimaldi eran calificadas por el primero de *pelotera personal*. Las acusaciones de Aranda son variadas: *La reflexión por qué se prefirió Argel a los otros objetos del Marruecos, parece que las chupaste de lo que yo te dije cuando te percibí, que dejabais el uno por el otro. Aun mucho antes te avia yo insinuado, que te valieses del Marrueco que pedía la paz, para domar al Argelino, y te repetí lo mismo añadiendo, que le ofrecieses auxilio por mar para que ambos se destruyesen; que se suponía asegurarias la paz de Marruecos antes de otro empeño. Y tantas cosas que si repasas*

(27) B.N. Ms. 4.090. fols. 31 vto-34 vto.

(28) Olaechea, *op. cit.*, pág. 53.

(29) B.N. Ms. 17.514. fol. 108 r.

(30) París, 26 de junio de 1775. Aranda a Grimaldi. A.H.N. Estado, 3581.

mi correspondencia que desde aquí trascendía yo tu manejo; por más que sea tu estilo, estando de patilla el decir que no lo entiendes, y que dejas a los facultativos, o lo que corresponden por sus departamentos, las cosas que no son del tuyo» (31).

A partir de entonces, la correspondencia entre los dos se interrumpió y las cartas íntimas de Aranda dirigidas al rey, le llegaban a Carlos III a través del confesor Osma, el conde de Ricla o su propia mujer. El último aspecto que provocó la caída de Grimaldi, fue el error cometido al nombrar a don Antonio Ponz como secretario de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, sin contar con la directiva, que era una corporación compuesta por aristócratas, entre los que se encontraban el duque de Villahermosa, uno de los principales conspiradores. Grimaldi, abandonado por todos, cayó en desgracia y fue sustituido por el conde de Floridablanca. Este dio un nuevo ritmo a la política argelina.

A partir de ahora, la política con respecto a Argel cambia de manera radical. El nuevo impulso dado por Floridablanca indica que no se olvidaba la política mediterránea como parecía apreciarse a primera vista. Sin embargo, la política respecto a la Regencia cambia y en vez de intentar conseguir una paz por las armas, se intentará por vías diplomáticas. El fracaso de la expedición a Argel y la ocupación del ejército español en otros frentes hará que se olviden los anteriores propósitos militares y se inicie una etapa desconocida en las relaciones hispano-argelinas. Pero la conciencia de que tampoco por la vía diplomática se llegaría a un acuerdo definitivo, llevará a Floridablanca a pensar, en su contra, en la vuelta al camino militar como único medio de imponer a los argelinos las condiciones del gobierno español.

Floridablanca, no sólo cambió el rumbo de la política mediterránea en el aspecto argelino, sino que cambió la orientación de toda la política respecto a las Regencias berberiscas. Intentará arreglar los problemas por medio de la paz y no de la guerra, como había venido haciendo hasta su llegada a la Secretaría de Estado: *compruébase esto con su tendencia a terminar todas las dificultades en los asuntos exteriores con tratados y convenios, cediendo de pretensiones razonables y sacrificando el Tesoro antes de entregar el fallo de las diferencias a los azares de la lucha, sin perjuicio de acceder a ella en ocasiones en que así lo exigía el honor propio nacional o lo imponían los pactos de familia (32).*

(31) París, 10 de agosto de 1775. Aranda a Grimaldi. A.H.N. Estado, 3581.

(32) Manuel Conrotte, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, Madrid, 1909.

El fracaso en la expedición militar contra Argel de 1775 tuvo, además de las consecuencias políticas personales e inmediatas —la contribución a la destitución de Grimaldi—, otras consecuencias políticas más graves a largo plazo. Después de bombardear Argel en 1783 y 1784, y ante la imposibilidad de solucionar el problema argelino por medios militares, se pensó en establecer un acuerdo de paz con la Regencia. Pero los argelinos, ante la debilidad y mala gestión de los negociadores españoles, exigieron una indemnización de guerra por los daños ocasionados por la expedición de 1775 y los bombardeos de 1783 y 1784. Esta indemnización se cifró en un millón de pesos fuertes que el gobierno español pagó entre 1786 y 1787 (33). La paz definitiva entre Argel y España fue firmada por el Bey en junio de 1786: once años después de la expedición, se notaban todavía las repercusiones políticas del fracaso ocurrido en 1775.



(33) La decisión de entregar esta cantidad, 20 millones reales de vellón, fue tomada por Mazarredo, negociador español en Argel. Tras discutir por largo tiempo: «... y yo subía tan poco como el Bey bajaba hasta que finalmente puse un límite de 900.000 pesos fuertes, y rebatiéndole largo rato, fijó el Bey el suyo en un millón, a que accedí y dijo entonces Paz hecha; a que siguió tomar el nombre los escribanos grandes, decirme el Bey que e amos amigos y que se me harían todos los honores de Embajador...». Navío «San Ildefonso». En la Rada de Argel, 18 de junio de 1785. Mazarredo a Floridablanca. A.H.N. Estado, 3612.